

HISTORIA CONCEPTUAL. ACTUALIDAD, RELEVANCIA, NUEVOS ENFOQUES

Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel

En los últimos años la llamada “historia conceptual” despierta un vivo interés entre una amplia gama de estudiosos en ciencias sociales y humanidades. En los círculos académicos, sobre todo en aquellos que de un modo u otro se ocupan de las sociedades del pasado, se extiende cada vez más la conciencia de la necesidad de tomar en cuenta la variabilidad de las redes semánticas que los seres humanos han ido tejiendo y destejiendo en el espacio y en el tiempo.

La crisis por la que atraviesan en nuestros días muchos conceptos modernos seguramente no es ajena a ese interés creciente. El resquebrajamiento de ciertas categorías que tendíamos a dar por evidentes invita a volver la vista atrás y a interrogarnos sobre sus orígenes, su desarrollo y las razones de su declinación. Conceptos que hasta hace poco creíamos imprescindibles, sólidos y poco menos que irrevocables empiezan ahora a parecernos esquemas provisionales, frágiles y contingentes, cuando no francamente residuales u obsoletos.

Esta nueva sensibilidad histórico-conceptual probablemente tampoco es ajena a la necesidad de hacernos cargo de la multiplicidad de modos de vida que cohabitan en el planeta. La pluralidad de lenguas, culturas y sistemas conceptuales que se entrecruzan en el babélico mundo actual, con su irremediable cortejo de malentendidos, nos permite imaginar la utilidad de una semántica histórica comparada de las civilizaciones. Una disciplina conjetural que podría contribuir al acercamiento y al conocimiento mutuo entre gentes pertenecientes a las distintas áreas y sistemas culturales que coexisten en nuestro mundo.

Sea como fuere, lo cierto es que los procesos de “desnaturalización” e historicización de nuestros marcos de comprensión del mundo

han avanzado considerablemente en los últimos años, y hay pocas razones para pensar que este saludable, progresivo distanciamiento del *sensus communis* llegue a detenerse en el futuro inmediato. De hecho, un número creciente de trabajos y de publicaciones se interrogan sobre los cómo y los porqués de la emergencia y diseño de nuevos conceptos (más raramente, también sobre su ocaso), o aportan estudios empíricos sobre nociones o lenguajes específicos. Más bien parece, pues, que las diversas aproximaciones teóricas y metodológicas al problema del cambio político y la innovación conceptual (sin olvidar el análisis de la obsolescencia semántica), así como los programas de investigación en historia conceptual transnacional seguirán desarrollándose en los próximos años.

En realidad, la historización del mundo no ha dejado de expandirse paso a paso, aunque no sin retrocesos, en particular desde el siglo XVIII (cuando, según Koselleck, surgió propiamente el concepto moderno de Historia): acontecimientos, estructuras, clasificaciones, disciplinas... toda clase de hechos, conocimientos y creaciones humanas han sido sometidos paulatinamente al imperio de la historia. Últimamente se ha llegado a historizar la propia historia, incluyendo las grandes categorías y marcos epistemológicos que la hacen posible: lenguaje (G. Gadamer), estructuras temporales (R. Koselleck), tropos historiográficos y variedades de la conciencia histórica (H. White), lenguajes y discursos (J. G. A. Pocock), memoria y olvido (P. Ricœur), regímenes de historicidad (F. Hartog). Por esa vía, la historia se ha ido haciendo cada vez más reflexiva y los historiadores se han vuelto mucho más conscientes de que tanto el lenguaje como el tiempo –categorías ambas obviamente imprescindibles para cualquier aproximación histórica a las sociedades del pasado– importan sobremanera. La afirmación de la radical lingüisticidad e historicidad del mundo, reforzada desde el llamado “giro lingüístico”, ha hecho que estas dos dimensiones de la realidad se hayan convertido en asuntos merecedores de atención, no sólo para los filósofos, sino para muchos estudiosos de las ciencias humanas y sociales.

“Familiarmente extraño, enigmáticamente obvio”, ha escrito Giacomo Marramao, “el tiempo se sitúa en la encrucijada entre la

experiencia cotidiana y su representación”. Por su parte, los conceptos que manejamos día a día nos suelen parecer no menos obvios, familiares y transparentes, como si simplemente nos dejasen ver “el mundo tal cual es” y nuestra comprensión del mismo no estuviera filtrada y mediatizada por ellos.

Esta aparente transparencia, sin embargo, ha sido recientemente cuestionada. Al igual que sucediera en la época de las revoluciones atlánticas, cuando, como observó hace pocos años Lynn Hunt, para los contemporáneos “time became an issue; it ceased being a given”, podríamos decir que también ahora, el tiempo y los conceptos se nos han hecho súbitamente visibles a los historiadores, y volvemos nuestra mirada hacia ellos con cierta extrañada sorpresa. Están dejando de ser considerados como meros contenedores o “transmisores” más o menos neutros, “objetivos” y estables, de los acontecimientos historiados, para convertirse en un asunto digno de reflexión y estudio.

Es así como el tiempo y los conceptos –muy especialmente los conceptos políticos– han llegado a convertirse ellos mismos en materia histórica. Los historiadores se vuelven hoy hacia las lentes y el instrumental óptico que han venido utilizando para ver, comprender y representar los mundos desvanecidos del pasado. Y lo hacen a sabiendas de que esas lentes, sujetas permanentemente a cambios más o menos bruscos o paulatinos de graduación, coloración o focalización, si por un lado condicionan inevitablemente las realidades pretéritas sometidas a escrutinio histórico, por otro resultan absolutamente imprescindibles, puesto que, sencillamente, si nos desprendemos de esas lentes perderíamos toda visión.

* * *

La semántica histórica –que trata de dar cuenta de las relaciones recíprocas entre dos recursos tan esenciales para la política moderna como son el lenguaje y el tiempo– puede servir para muy diferentes propósitos y beneficiarse de las aportaciones de numerosas disciplinas. Más allá de su uso crítico, instrumental, por parte de aquellos historiadores interesados en evitar anacronismos y entender

adecuadamente las fuentes textuales que manejan, los hallazgos y reflexiones de la semántica histórica interesan en una primera instancia a los cultivadores de la historia del pensamiento político (que, como ha mostrado Pocock, puede ser ella misma una forma de pensamiento político), de la historia intelectual y de la historia de la ciencia. También los especialistas en historia cultural, hermenéutica, traductología, metaforología, análisis del discurso, ciencias cognitivas, etc., tienen mucho que ganar de la familiaridad con la historia conceptual.

Inversamente, los historiadores de los conceptos tienen mucho que aprender no sólo de las especialidades mencionadas sino de todas las ramas de las ciencias humanas, sociales y jurídicas, desde la antropología a la sociología, desde la ciencia política al derecho. La naturaleza interdisciplinar de la investigación histórico-conceptual es el resultado, en último término, de la omnipresencia de los conceptos en todas las áreas de conocimiento y en toda clase de escenarios sociales y políticos, y también de la enorme facilidad que muchos de estos conceptos han mostrado para atravesar subrepticamente las fronteras —literales y metafóricas—.

Por lo demás, y aun siendo cierto que la historia conceptual se practica hoy día de muchas maneras, es indudable que la *Begriffsgeschichte* de Reinhart Koselleck constituye un hito fundador y una de sus más importantes fuentes de inspiración. Además de sus influyentes trabajos sobre la esfera pública en la época de la Ilustración (*Kritik und Krise*) y sobre la historia social de Prusia desde finales del siglo XVIII hasta mediados del XIX, y del gran lexicón de referencia codirigido por el profesor alemán junto a sus maestros Otto Brunner y Werner Conze (*Geschichtliche Grundbegriffe*), un puñado de artículos seminales y de ensayos de carácter teórico-metodológico que se han convertido en clásicos (varios de ellos reunidos en *Vergangene Zukunft*) siguen siendo, tres o cuatro décadas después de su publicación, una fuente ineludible para todos aquellos que se inician en esta rama del saber histórico.

En efecto, con independencia de las críticas y revisiones de varios aspectos de su obra —por ejemplo, acerca de su hipótesis de una *Sattelzeit*—, algunas intuiciones básicas de Koselleck mantienen

plenamente su vigor. Tal es el caso, por ejemplo, de su insistencia en que los conceptos no *tienen* propiamente historia, sino que más bien *son* ellos mismos historia; en la medida en que articulan las experiencias de una sociedad y las cambiantes expectativas de sus miembros, los conceptos son a la vez indicadores y factores del cambio: contienen y encauzan el devenir histórico de dicha sociedad. Su énfasis en el carácter irremediamente ambiguo y disputado de los conceptos modernos. En fin, sus extraordinarias reflexiones sobre diversos aspectos de la modernidad, su teoría de la historia (*Historik*), y su productiva metáfora de los estratos semántico-temporales (*Zeitschichten*) son un estímulo y un desafío permanente para los estudiosos.

La otra gran corriente en historia conceptual —o historia de los lenguajes políticos— es la llamada Cambridge School, de J. G. A. Pocock, Quentin Skinner, John Dunn, y otros, mucho más conocida e influyente en el mundo anglófono, y que comparte desde sus orígenes con la *Begriffsgeschichte* algunas críticas bien fundadas a las viejas maneras de estudiar la historia de las ideas políticas. Los meritorios esfuerzos de autores como Melvin Richter, Kari Palonen o Elías Palti, entre otros, por poner en comunicación a ambas corrientes y hacerlas entrar en diálogo, aunque no puede decirse que se hayan visto plenamente coronadas por el éxito, han logrado al menos difuminar sus fronteras y desarmar a los más obcecados guardianes de las respectivas esencias. Hoy, entre los miembros de la principal red internacional que reúne a los especialistas en este campo (me refiero al *History of Political and Social Concepts Group*, HPSCG) suele admitirse sin problemas la conveniencia de combinar ambas aproximaciones, o al menos de no desaprovechar las herramientas heurísticas forjadas por estos dos programas de investigación, así como por otras metodologías emergentes.

Sobre estas bases teóricas, en los últimos años se ha producido un desarrollo considerable de la historia de conceptos en el ámbito iberoamericano. Además de los varios proyectos nacionales en marcha en este campo y de las numerosas contribuciones particulares de especialistas radicados en distintos países de la región, hay que destacar la creación, consolidación y expansión de la red conocida como “Iberconceptos”, que en la actualidad reúne a más de un centenar

de académicos latinoamericanos, españoles y portugueses (además de un cierto número de conocidos latinoamericanistas franceses, alemanes y norteamericanos). Este grupo viene desarrollando desde mediados de la pasada década diversos trabajos y encuentros periódicos con la voluntad de ir construyendo poco a poco una semántica histórica comparada de la modernidad iberoamericana. La primera etapa de este proyecto se ha centrado en el análisis de una veintena de conceptos fundamentales en el período crucial que va de mediados del siglo XVIII hasta bien avanzado el siglo XIX, tras los procesos de independencia y la consolidación de los nuevos Estados surgidos de la disgregación de las monarquías ibéricas.

Entre las numerosas publicaciones –dossiers, artículos, monografías, volúmenes colectivos– relacionadas con Iberconceptos, destaca el primer volumen del *Diccionario político y social del mundo Iberoamericano. La era de las revoluciones 1750-1850* (Madrid, 2009), que muy pronto se verá complementado con un segundo volumen. En conjunto, estas actividades y producciones académicas han situado a nuestra región en una posición destacada entre los cultivadores de la historia conceptual en todo el mundo. En particular, la perspectiva transnacional y la voluntad comparativa nos autorizan a pensar al ámbito iberoamericano como un caso –o un conjunto de casos– particularmente variado y complejo, dentro del horizonte euroamericano. Todo lo cual permite entrever la posibilidad de avanzar, en diálogo con estudiosos de Europa y de América del Norte, en la construcción de una auténtica historia atlántica de los conceptos políticos y sociales.

* * *

El libro que el lector tiene en sus manos reúne siete ensayos que combinan la reflexión teórico-metodológica con un interés específico por los lenguajes y conceptos fundamentales de la modernidad. Aunque el marco de análisis preferente es el conformado por América Latina y España, la mayoría de los textos trascienden estos límites geopolíticos para interrogarse de un modo general por las complejas relaciones triangulares entre tiempo, lenguaje político y modernidad.

Los autores proceden de diversos países –Argentina, Brasil, España, México– y disciplinas –historia, filosofía, ciencia política, historia intelectual–, un dato en sí mismo revelador de la pluralidad de miradas, inquietudes y perspectivas que hoy día se federan bajo la bandera de la historia conceptual.

La obra se abre con un texto de Javier Fernández Sebastián, que rescata la vieja metáfora del caballo desbocado –no exenta de resonancias apocalípticas– para dar cuenta de algunos de los temores y reacciones de las gentes que vivieron en primera persona la era de la revolución, especialmente en el Atlántico ibérico. La inquietud de los conservadores ante un mundo en frenética transformación, que parecía haber entrado en una fase de inestabilidad crónica y de creciente aceleración histórica, se plasmó también en otras imágenes, entre las que destaca la definición quintaesenciada de revolución que propone Donoso Cortés como “tiempo comprimido” o “condensado”. Imágenes que en todo caso se distancian considerablemente de la mucho más difundida, estereotipada metáfora de la “locomotora del progreso”, que refleja más bien la cara optimista de la experiencia moderna de la aceleración por obra de la técnica. Esta aproximación debe mucho a las aportaciones de Koselleck sobre la profunda transformación en la percepción del tiempo histórico que tuvo lugar durante las revoluciones euroamericanas de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, y en particular a sus estudios sobre el agudo sentido de aceleración que se extendió entre las élites políticas occidentales durante las primeras décadas del ochocientos. El texto de Fernández Sebastián muestra también cómo la nueva vivencia *moderna* del tiempo no fue ajena a la incómoda sensación de entrar en una época de significados lábiles, en la que la relativa estabilidad semántica del orden tradicional parecía haber quedado definitivamente atrás para dar paso a una lucha interminable por los significados entre facciones políticas y adversarios ideológicos.

También sobre el concepto histórico de modernidad reflexiona Guillermo Zermeño, desde una perspectiva koselleckiana, en el capítulo siguiente. Zermeño contrapone a la noción de modernidad fundada en la historia de las ideas, otra fundada en una *historia de los conceptos*. Partiendo de la formación de un nuevo tipo de experiencia

histórica, o de una nueva temporalidad descrita específicamente como “moderna”, tal y como Koselleck la aplicó a Alemania, se plantea la comparabilidad entre diversos tipos de experiencias de la historia vinculados a lenguajes y culturas diversos. Sobre esta base, y partiendo del análisis de nueve casos correspondientes a otros tantos países de la región (Argentina, Brasil, Colombia, Chile, España, México, Perú, Portugal y Venezuela), el autor intenta dilucidar el ingreso del mundo iberoamericano en la modernidad así definida. Zermeño concluye que la formación del espacio de experiencia conocido como “moderno” en sentido estricto comenzó a gestarse hacia 1808 y se manifestó en la aparición de nuevos sintagmas relacionados con la palabra historia, tal como, “historia contemporánea” y “filosofía de la historia”. Algo que sucedió en casi todos los países analizados, sobre todo entre los años 1830 y 1850. Una transformación semántica de la historia en Iberoamérica que se operó a través de la redefinición –y disgregación– de los proyectos imperiales español y portugués.

En el tercer capítulo, Pablo Sánchez León ofrece una reflexión sobre los estratos temporales de la cultura española entre el Antiguo Régimen y la modernidad. Su texto parte del actual debate acerca de si la revolución liberal española de comienzos del siglo XIX comportó el empleo de un nuevo lenguaje jurídico-político, o si más bien este lenguaje –y las prácticas e instituciones a él asociadas– estuvieron hipotecados por la pervivencia de las estructuras semánticas del Antiguo Régimen. El planteamiento del autor es que este dilema se puede superar historizando adecuadamente los conceptos con los que se ha venido elaborando el “gran relato” de la modernidad española desde la Ilustración. Sánchez León parte de una perspectiva de largo plazo acerca de cómo, en el contexto de una conciencia de decadencia y de voluntad de superación, la cultura de la monarquía hispánica fue durante la Ilustración incorporando una nueva temporalidad que entrelazaba el pasado imperial idealizado con un futuro de engrandecimiento nacional. Dicha temporalidad arrastraba un “espacio de experiencia” bastante singular que se mantendría a lo largo del siglo XIX en un contexto de irrupción de nuevos lenguajes, abriendo paso a procesos de vernacularización

e hibridación semántica plasmados especialmente en el campo de significado del concepto de regeneración y sus usos discursivos. Finalmente, el ensayo describe cómo el intento contradictorio, ya en el siglo XX y bajo el régimen de Franco, de convertir el “horizonte de expectativa” que implicaban esos procesos de conceptualización en fuente de inspiración de políticas abiertamente antimodernas, acabó estableciendo las condiciones para una superación de toda la singular temporalidad heredada referida a los conceptos de decadencia y regeneración.

Gonzalo Capellán plantea una reflexión en torno a lo que denomina *momentos conceptuales*, como nueva herramienta analítica útil para determinar con mayor precisión las relaciones entre los planos semántico y temporal en la historia de cada concepto fundamental. La idea central es que en la evolución de cada concepto cabe distinguir una serie de fases (*momentos*), cuyo comienzo coincide con un cambio semántico acelerado que tiene su correlato en significativos cambios históricos en el ámbito político, económico, social, cultural o científico. Al iniciarse cada uno de esos momentos, se produce un cambio en el significado del concepto que se consolida en una semántica dominante que será la que caracterice a dicho concepto en el discurso coetáneo durante todo un período de duración variable (hasta que nuevos cambios históricos desencadenen el inicio de otro momento conceptual). Esa hipótesis se pone a prueba y ejemplifica con un estudio de caso: el concepto opinión pública. En el repaso de su evolución histórica se identifica un primer momento en el que el concepto posee un significado principalmente moral. La transformación de la cultura del siglo XVIII vinculada a la Ilustración y las revoluciones liberales subsiguientes propiciaron un desplazamiento del concepto para dotarle de una semántica dominante de carácter político. Es entonces cuando se consolida la opinión pública como expresión de la voluntad de la nación en el marco de un gobierno representativo. Este sentido del concepto volverá a mutar desde finales del siglo XIX en el contexto de la configuración de las ciencias sociales y el impacto de la psicología social en una nueva cosmovisión donde las masas, sus instintos y pasiones hacen de la opinión pública un fenómeno impregnado

de irracionalidad y peligro, motivo por el que el poder político se preocupará de manera casi obsesiva por su medición y control. Finalmente, un cuarto momento conceptual se desatará en los años treinta del siglo XX fruto de la preeminencia que alcanzan en esos años los nuevos medios de comunicación de masas. En este momento mediático de la opinión pública, ésta se identifica sobre todo con la expresión de unos medios que parecen poder manipular al público (audiencia) para conformar una opinión a su imagen y semejanza.

Faustino Oncina estudia la participación de Koselleck en los debates sobre memoria e historia, incluyendo las opiniones y actitudes del historiador alemán acerca de los monumentos a los caídos en las guerras. Para Koselleck, algunas semejanzas de base entre conceptos e imágenes justificarían sobradamente una aproximación metodológica similar al estudio de ambos tipos de entidades, lingüísticas y visuales. Su giro hacia el análisis académico de los monumentos sería, por tanto, un desarrollo natural de su interés por la historia conceptual, y ambos tipos de trabajos estarían entrelazados desde el punto de vista metodológico. Oncina muestra que en sus últimos años Koselleck rastreó la historia moderna de los memoriales de guerra y reconstruyó los hitos principales de esa evolución, en un intento por sentar las bases teóricas de una estética de la memoria y, más específicamente, de una iconografía de la muerte violenta. La relación metodológica entre historia conceptual e iconología, así como su rechazo a la noción de memoria colectiva o sus tomas de postura en el debate público sobre el monumento a las víctimas del holocausto en Berlín, estarían inspiradas en parte por su teoría de la historia (*Historik*), así como por su interés permanente hacia la modernidad y lo que él entendía como un posible paliativo a algunos problemas y disfunciones de la sociedad moderna.

La contribución de João Feres Jr. se asoma al futuro de la investigación en este campo, y lo hace a partir de un análisis de algunos de los estratos teóricos de la historia conceptual en su primera formulación koselleckiana. Tras un rápido repaso a la proyección de la *Begriffsgeschichte* fuera del mundo germanohablante y un reconocimiento de la contribución de Melvin Richter y Kari Palonen

al diálogo de esta corriente con la llamada Cambridge school, Feres analiza las teorías de Koselleck a la luz de la oposición entre dos enfoques ideales que etiqueta como kantiano y hegeliano. Concluye que, pese a algunas posiciones metodológicas neokantianas, la concepción agonística de la política que tuvo Koselleck presenta escasos puntos de contacto tanto con las proposiciones normativas del filósofo de Königsberg como con el idealismo hegeliano (si bien señala algunos residuos comunitaristas que emparentarían en cierta medida la aproximación de Koselleck a la filosofía de Hegel). En la última parte de su trabajo, Feres se apoya en varias aportaciones teóricas del historiador alemán para plantear una serie de sugerencias acerca de las posibilidades de sacar partido de las ideas koselleckianas para la mejora de las futuras investigaciones sobre los conceptos políticos modernos.

En el capítulo que cierra el volumen, Elías Palti sitúa su reflexión en un marco teórico de una gran amplitud. Su contribución plantea el problema de la historicidad del lenguaje siguiendo el rastro teórico de aquellas disciplinas que han tratado sucesivamente de dar cuenta del cómo y del porqué de los cambios en los instrumentos intelectuales que nos sirven para entender el mundo, desde la vieja historia de las ideas hasta la metaforología de Blumenberg. Su análisis de la tradición alemana de historia intelectual le lleva a preguntarse repetidamente por el origen del que emana la contingencia en las formaciones conceptuales; por qué, en definitiva, el discurso, lejos de alcanzar su vocación de plenitud, racionalidad y permanencia, es repetidamente cuestionado y desafiado por nuevos discursos que vienen una y otra vez a sustituir a los anteriores. De la idea al concepto, y de este a la metáfora, el ensayo de Palti muestra que el estudio de los cambios en las formaciones intelectuales no debería detenerse en el nivel de los cambios en los significados de ciertos conceptos particulares, sino que ha de preguntarse, más radicalmente, por los cambios en las constelaciones que articulan los sistemas conceptuales, e incluso asomarse al abismo de lo preconceptual. ¿Por qué, cómo y de dónde emergen nuevos sistemas de conocimiento en los cuales lo que antes no era ni siquiera pensable, de repente aparece como concebible y viable? La teoría blumenbergiana de la

inconceptualidad, que subraya el poder formidable de construcción semántica de ciertas metáforas –especialmente de aquellas que Blumenberg llama “metáforas explosivas”–, proporciona algunas pistas interesantes para contestar a esta pregunta inquietante. En definitiva, este texto de Palti articula diversos niveles de análisis para terminar por conceder una gran importancia al sustrato más profundo de las formas no conceptuales de figuración simbólica de la realidad que ayudan a dar el salto desde lo inexpresable a nuevos significados incipientes.

* * *

Las aportaciones reunidas en este volumen brindan al lector una oportunidad de asomarse a la rica problemática delimitada por el cruce entre lenguaje, tiempo y modernidad. Además, los cultivadores de las ciencias sociales menos familiarizados con esta temática obtendrán una visión de conjunto sobre la historia de conceptos, sus perspectivas de futuro y algunas claves de los debates en marcha en esta materia, transdisciplinar por esencia.

Nos gustaría pensar que este libro trascenderá los círculos de los especialistas en semántica histórica, y también de los estudiosos de las culturas ibéricas y de sus vástagos y variantes ultramarinas, para llegar a manos de todos aquellos que se interesan por las formas en que los seres humanos comprendemos y hacemos nuestro al mundo y damos sentido al pasado.

En efecto, estamos convencidos de que, al historizar los esquemas y marcos de comprensión de la realidad que nos rodea y analizar históricamente tales marcos, la historia de conceptos puede ser de gran utilidad no sólo para los historiadores, sino para todos los investigadores en humanidades y ciencias sociales. Gracias a su historización, con toda probabilidad estos saberes se harán más reflexivos, menos arrogantemente presentistas. Dicho de otra manera: al acercarse, incluso por vez primera, a la historia conceptual, el lector debería hacerse más consciente de la historicidad del mundo en que vivimos y de la contingencia y precariedad de los medios para aprehenderlo.